

## PERMANENCIA Y MUTACION EN LA REALIDAD DE SIRIA

Desde muchos siglos antes de la Era Cristiana, hasta el comienzo de la I Guerra Mundial, la palabra «Siria» se había referido siempre a toda la región geofísica natural extendida entre el Mediterráneo, al Oeste; la estepa superior de Arabia, al Este; los montes de Asia Menor, al Norte, y el Sinaí egipcio, por el Sur. Bajo aquel nombre de «Siria» quedaba incluido un conjunto muy homogéneo respecto a suelos, climas, producciones, modos de vida y acumulaciones de fondos culturales. Su centro común estuvo siempre (y aún sigue estando) en Damasco, famosa por el apelativo de «madre de las ciudades» no sólo en vista de su antigüedad cronológica, sino de la continuidad en la duración de su existencia e importancia urbana. Dentro de los imperios romano y bizantino, lo mismo que con los sucesivos jalifatos del Islam, se entendía que Siria era todo lo que estaba incluido entre la meseta de Anatolia arriba y el istmo de Suez por abajo.

Solamente cuando, entre 1916 y 1918, Gran Bretaña y las otras potencias aliadas emprendieron la demolición del imperio turco-otomano u osmanlí (como cobeligerante con los imperios austríaco y alemán), el concepto de la «Gran Siria» natural y tradicional fue recortado y desmembrado entre un mandato inglés y otro francés. Por los efectos caprichosos de la paz de Versalles llegaron a surgir dentro de la Siria histórica los cuatro nuevos Estados de la Siria damascena (antigua Siria central), el Líbano, Transjordania (después, Jordania) y, por último, Israel. En cuanto a la palabra «Palestina» (más conocida bajo la forma árabe de *Filastín*) constituía la subregión natural del valle del Jordán, pero administrativamente fue llamada muchas veces «Siria del Sur». Y aun hoy día, el pueblo de los árabes sirios es casi idéntico al de los palestinos en sus rasgos locales más característicos.

De todo esto han surgido modernamente varias paradojas y bastantes contradicciones. Una de ellas fue el absurdo inicial de que al reorganizarse nacionalmente los territorios arábigos que habían estado integrados dentro

del imperio-jalifato turco de Estambul no lo hiciesen según sus normas propias, sino según los acuerdos de las grandes potencias colonialistas sucesivas. En el caso de la «Gran Siria» geofísica, los conceptos de los nuevos Estados y los trazados de sus fronteras se hicieron de unos modos caprichosos y arbitrarios.

Respecto al país que actual y oficialmente se llama República Árabe de Siria (en árabe: *Al Yumhuriyya al Arabiyya as Suriya*) desde que sus dirigentes políticos lograron en 1946 emanciparse de la forzada tutela francesa, se encontraron con la dificultad de tener que resolver casi todos los problemas que para la antigua Siria natural habían dejado sucesivamente los retrasos otomanos y los colonialismos extranjeros, pero sin tener medios para solventar nada. Además, las ciudades sirias habían sido, desde fines del siglo XIX, los focos intelectuales y nacionalistas donde se habían elaborado los nuevos moldes ideológicos del arabismo moderno. Así, en la «Siria recortada» independiente, durante las etapas de intentos de ajuste, entre abril de 1946 y noviembre de 1970, se iniciaron y se distribuyeron (y también rebotaron, a veces) la mayor parte de los experimentos y las reacciones referentes al arabismo como concepto político y a la arabidad como concepto cultural. Aunque los portavoces sirios no hayan dispuesto siempre de los medios necesarios para hacer predominar sus especiales puntos de vista.

De todos modos, no fue una casualidad, sino una predisposición, el hecho de que en Siria fuese, precisamente en 1940, donde se inició teóricamente el movimiento político llamado *Baaz* («Renacer»). Era panarabista en el fondo y socialista en algunos de sus métodos. Lo habían pensado y definido unos jóvenes intelectuales árabes locales, que habían estudiado en la Sorbona de París. Para ellos, el socialismo era concebido sólo como un medio práctico de actuar para la unión de los pueblos de idioma y mentalidad árabes. Uno de sus principales teorizantes era cristiano, y otro, musulmán; lo cual significa que el Baaz respeta los factores religiosos, aunque no los haya incluido en sus acciones políticas.

Algunas de las fechas principales en la evolución del Baaz o baazismo, desde que apareció hasta hoy, han sido las siguientes:

En 1940 lo inventó y definió Michel Aflaq (con la colaboración de Salaheddín Bitar) como simple ideología formal. En 1943, reclutando bastantes miembros, comenzó el baazismo a actuar como núcleo activo de oposición a la continuación de la presencia en Siria de la Francia de Vichy, que ya era una realidad deshecha e inútil. En 1946, Siria obtuvo su independencia.

En 1954, los del Baaz de Aflaq y Bitar, que se consideraban «socialistas árabes», se fundieron con otro núcleo, también titulado «socialista árabe» (y de tendencia a lo laborista inglés), núcleo que había fundado Akram Haurani. Aquel Baaz de la fusión bipartita no llegó a gobernar directamente, pero fue el principal impulsor de la fusión con Egipto para fundar la República Árabe Unida en febrero de 1958. En aquella RAU fue uno de sus vicepresidentes Akram Haurani.

En 1961 se deshizo la RAU porque en El Cairo no se habían llegado a comprender bien las peculiares tendencias y capacidades de los sirios. Bitar y Haurani figuraron entre los reinstauradores de una independencia recompuesta, pero se desgastaron bastante en el intento. Haurani fue expulsado del partido en 1962. Y el 8 de marzo de 1963, por medio de un golpe de Estado, todo el poder teórico de la nación pasó a manos del sector Baaz de Aflaq y Bitar, aunque se crease un gobierno de coalición. Y el poder efectivo casi total se hubiese corrido a manos de unos jefes militares ganados teóricamente para el baazismo. Sobre todo, el general Amín El Hafiz.

Después los acontecimientos se fueron precipitando. En mayo se formó un gabinete solamente baazista. En julio, Salah Bitar pasó a ocupar la jefatura del Estado, hasta que en octubre de 1964 le echó del cargo y de toda acción efectiva el general Hafiz, que se encargó de todos los poderes. En febrero de 1966, después de un nuevo golpe de Estado, tomó el poder otra facción baazista, más dura, cuyas principales figuras fueron Nureddin Attasi, como presidente de la República, y el general Salah Gedid, como secretario general del Partido. Pocos meses después, ellos expulsaron definitivamente a los antiguos inventores del baazismo inicial (con Aflaq y Bitar a la cabeza). La labor del equipo Attasi-Gedid comenzó con una serie de medidas económico-sociales contrarias a la propiedad privada, pero que no llegaron a favorecer tampoco a las clases trabajadoras. En general, había cierta desorientación de los planes oficiales y un excesivo aparato de control en el poder central. Entonces sobrevino el ataque de Israel en la guerra llamada de «los seis días». Las tropas sirias fueron enviadas en número escaso y demasiado tarde. Eso provocó el disgusto de los cuadros militares conscientes, cuyo portavoz era el general Hafez Al Assad.

Al fin, todo se arregló cuando el 13 de noviembre de 1970 el ejército actuó para disolver por la fuerza la jefatura oficial del Baaz y del país, deteniendo a algunos de sus dirigentes. Aquel «golpe» se hizo sin un solo disparo, y representó un alivio para la opinión pública. Lo acaudilló el ge-

neral Hafez Al Assad, que siendo ministro de Defensa había criticado los errores gubernamentales anteriores. De los hombres que con él pasaron a gobernar se dijo (en comentarios de prensa de Europa occidental) que representaban «el ala moderada» del Baaz de aquel momento sobre «el ala extremista». El mismo Assad desmintió esas definiciones en enero de 1971, manifestando a una Agence Française que no se trataba de cambios de equipos diferentes, sino sólo de una depuración por razones de eficacia.

Siguió una acelerada fase de reajuste, bajo una junta directiva provisional. El generad Assad, que la presidía, definió las maneras de entender y aplicar los rumbos internos de la nación, diciendo que se trataría de aplicar una «política práctica» en la cual los valores constructivos predominasen sobre los solamente representativos. En un discurso que el 8 de marzo de 1971 pronunció en la universidad damasquina Hafez Al Assad destacó que uno de los principales objetivos del nuevo régimen era mejorar una productividad general puesta al servicio de la elevación del nivel de vida de los ciudadanos. Al mismo tiempo había sido formada una comisión jurídica para redactar una Constitución definitiva, dentro de la mayor flexibilidad y liberalidad.

En realidad, desde los tiempos del mandato francés en Siria se habían sucedido varios textos legales, más o menos constitucionales; pero casi nunca podían funcionar efectivamente, porque se basaban en preceptos teóricos y rígidos, sin tener en cuenta la variedad y flexibilidad de condición del pueblo sirio. Assad comenzó por pretender que la Constitución implantada por su régimen fuese no sólo aplicable en la forma, sino a la medida del ambiente natural. Pues ya no se trataba de implantar un texto más, sino nada menos que de *faire l'Etat*.

Las medidas más urgentes y profundas fueron desde el primer momento las económico-sociales. Se abrieron las puertas al comercio y a las iniciativas industriales, para evitar que el sector público ahogase al privado. Así, Siria recuperó la mayor parte de sus capitales, que regresaron desde otros países arábigos e hispanoamericanos. Fueron apoyados los pequeños empresarios, a la vez que se facilitaba la labor de la obrera Federación del Trabajo. Fueron aumentados los salarios y se procuró que las grandes inversiones del dinero público y privado se aplicasen a obras que estimularan el aumento de los bienes de consumo.

En este sentido, una de las obras principales ha sido la construcción de la presa y el embalse de Tabqa, sobre el río Eufrates. Un lago artificial de

80 kilómetros de largo permite el regadío de 650.000 hectáreas de tierras ganadas sobre el desierto. Allí surge un sector de agricultura intensiva y ganadería, que va siendo el segundo del Próximo Oriente (después del egipcio de Assuán). La potencia hidroeléctrica del embalse de Tabqa (inaugurado en julio de 1973) puede impulsar toda la industria siria y, además, facilitar la sedentarización de grandes núcleos de gentes beduinas antes seminómadas.

Volviendo a tratar de la política interna y externa de la Siria actual, hay que destacar, respecto a lo primero, el empeño que Hafez Al Assad ha venido poniendo en considerarse «presidente de todos los sirios». Así, aunque en marzo de 1971 Assad fue elegido jefe del Consejo del Pueblo, se hizo ratificar solemnemente en el cargo, después de que en marzo de 1973 fue solamente aprobada por referéndum público la Constitución definitiva. Porque Hafez Al Assad prefiere ser considerado como un guía y un consejero, pero no como un jefe forzoso. En realidad ha venido aprovechando un prestigio de hombre objetivo y veraz «que hace lo que dice».

El empeño de que el régimen de Damasco sea considerado como de «unanimidad en la pluralidad» se refleja en la composición del Consejo del Pueblo (que hace las veces de un parlamento), y donde al lado de los miembros baazistas se sientan representantes de otros diez partidos, movimientos y grupos diversos.

En cuanto a la política exterior que se lleva desde Damasco, hay que tener en cuenta dos factores diferentes (aunque a veces paralelos), o sea el panarábigo y el mundial. Ambos aspectos han aparecido frecuentemente incluidos dentro de una extraña paradoja. Es la de referirse a un país que ha venido figurando en la primera línea de los más constantes y candentes problemas referidos al Cercano Oriente en general; y sin embargo ha sido muy poco o casi nada conocido desde Europa occidental, por sus particularidades dentro del conjunto del arabismo, aunque en todo aquel Cercano Oriente venga constituyendo un *leitmotif* verbal la frase de que «Siria constituye siempre el reactivo de la conciencia de los pueblos árabes». Desde luego eso obedece, entre otros motivos, al citado antecedente de que el panarabismo contemporáneo nació en Damasco durante el final de la época turca, y a que la actual Liga de los Estados Arabes, iniciada en 1945, se formó realmente sobre una previa idea siria, en su sentido más amplio.

En el texto vigente de la Constitución, los tres apartados de su artículo primero dicen lo siguiente: «1) La República Árabe Siria es un Estado de-

mocrático, popular, socialista y soberano... 2) La región árabe siria es parte de la Patria Árabe. 3) El pueblo en la región árabe siria forma parte de la Nación Árabe. El hace y lucha por realizar su unidad total.»

Todo esto procede del concepto sirio del arabismo moderno; concepto que es, sobre todo, eminentemente cultural, pues no se apoya en recuerdos étnicos ni en determinantes geográficos, ni en nostalgias imperiales, sino en la comunidad de lengua y de cultura. Lo que fija el arabismo de los Estados miembros de la Liga Árabe es el hecho de tratarse de países donde la lengua árabe es oficial y nacional. Sean cuales fueren los matices raciales, religiosos, locales y estatales de unos u otros países.

Volviendo a tratar del frecuente despiste que en Europa occidental suele producirse al no tener en cuenta que Siria es la verdadera clave de todas las cuestiones dinámicas del Cercano Oriente, ha de señalarse que en realidad allí tuvo origen el comienzo de los problemas de Palestina e Israel. Un dato curioso sobre esto es el de que el sirio Naguib Azuri fundase en París el 1904 su «Liga de la Patria Árabe», con la cual inició el nacionalismo unitario de las comarcas árabes que entonces dependían de Turquía. Y en aquellos mismos años el fundador del sionismo, Teodoro Herzl, había estado haciendo gestiones cerca del sultán turco para pedir la concesión de una base territorial judeo-sionista en lo que seguía llamándose «la Siria del Sur».

Otra referencia indispensable es el recuerdo de la famosa «guerra del desierto», reflejada en los libros del pintoresco coronel Lawrence. Fue el alzamiento contra el Imperio turco por parte de los árabes del Hiyaz (conectados con los nacionalistas árabes de Damasco, Beirut, Jerusalén, Bagdad, etc.). Luego siguió la acción de los jefes de La Meca y el avance de su columna armada de beduinos, que el 1 de octubre de 1918 entró triunfalmente en Damasco. En Damasco fue también proclamado el 8 de marzo de 1920 un rey árabe para todo el conjunto de lo que ahora son Siria, Palestina, Jordania, el Líbano y parte del norte de Arabia. El rey fue el emir Faisal Ibn Husain, que había acaudillado la columna triunfante salida del Higaz y actuado después como portavoz de todos los árabes del «lado asiático» ante la conferencia de la paz reunida en París para liquidar los resultados de la I Guerra Mundial, en 1919.

Después de que fallaron los acuerdos de todos los representantes reunidos en Damasco en marzo de 1920, porque un brusco ataque armado de las tropas francesas desembarcadas en Beirut derribó el «Estado unitario», que no tuvo tiempo de organizarse, sus diversas comarcas tuvieron que inventar

resistencias políticas parciales a la medida legal, según los distintos ocupantes extranjeros. En los sectores Damasco-Alepo-Beirut, contra el mandato francés. En las zonas del oeste y del este del río Jordán, contra el mandato inglés. Aunque las resistencias comenzasen por formas pacíficamente legalistas.

En Palestina estrictamente dicha (es decir, todo lo que dependía de Jerusalén), desde diciembre de 1920 sus habitantes árabes (cristianos y musulmanes juntos) fundaron como órgano de defensa el llamado «Congreso Árabe Palestino», que fue siempre presidido por un miembro de la más prestigiosa familia local, o sea los Husseinis.

Los cristianos-islámicos tuvieron así que concentrarse para actuar mejor, reivindicando sus derechos ante la Gran Bretaña. Pero siempre con la sensación de que sus destinos y los de la «Siria recortada», que tienen más al Norte, no habían dejado de ser comunes.

Saltándose ahora muchos años, en los cuales quedan incluidos los de la II Guerra Mundial y los que llevaron hasta la aparición del Estado de Israel en marzo de 1948, se ve que el intento de ayuda militar a los palestinos por parte de los Estados árabigos vecinos estaba condenado de antemano al fracaso. Porque tanto Siria como el Líbano, Transjordania, Egipto y el Iraq seguían todavía bajo ocupaciones y presiones francesas e inglesas. Así, los contingentes militares que enviaron entre los cinco países eran sólo simbólicos y escasos y casi desarmados, a pesar de lo cual si entonces no vencieron al recién inventado Israel fue sobre todo porque la tregua impuesta por las grandes potencias dio a Israel tiempo para llevar hasta el máximo su potencial bélico.

De todos modos es muy sabido que la impresión de aquella involuntaria derrota produjo una serie de sacudidas en los países árabes que habían tratado de ayudar a los palestinos. La culpa fue en parte imputada a los políticos civiles que ocupaban el poder en Damasco, Beirut, El Cairo, etc., y que fue el comienzo de los posteriores regímenes militares. Pero lo esencial es recordar que Siria señaló el comienzo y dio la pauta. Desde que el 20 de marzo de 1949, el coronel Husni Zaim, jefe de la gendarmería, dio el primer golpe de Estado del Oriente árabe, apoyado por los jefes y oficiales decepcionados por haber sido forzados a retirarse en Palestina. Entonces Siria abrió la cadena de los regímenes militarizados y populistas, que irían después repercutiendo poco a poco en Egipto, el Sudán, el Iraq, Yemen, Libia, etcétera. Aunque Siria siguió representando el epicentro de las sacudidas

al irse sucediendo otros imperiosos jefes castrenses: Sami Hennaui y Adib Chichakli hasta el año 1954.

En febrero de 1958, la creación de la República Árabe Unida, casi fundiendo a Egipto con Siria, bajo la presidencia de Gamal Abdel Nasser, fue una consecuencia directa de la vinculación natural entre Palestina y el sector central siríaco de la región damascena. Porque se temió que un ataque a Damasco, con un éxito sionista, derrumbaría todo el sistema arábigo-oriental... Y es de notar también que en la primavera de 1967 la acción de Abdel Nasser, preparando tropas en los sectores del Canal y el Sinaí, procedió de otro recelo ante un nuevo plan de ataque sionista contra Siria.

Con todo esto, y después de innumerables derivaciones de buenas intenciones fallidas, a través de las grandes potencias y de la ONU, se llegó a la guerra de octubre de 1973, después de la cual todos los enfoques y los rumbos de los destinos del Cercano Oriente han experimentado unos encuadramientos completamente nuevos.

Sabido es que aquella vez no fue sólo el lado egipcio el punto de partida de las operaciones bélicas, sino que la reacción de los mandos militares de El Cairo y Damasco se inició combinadamente. E incluso ocurrió que como la sorpresa egipcia al sobrepasar y destruir la fortificada línea Bar Lev, originó la punta de penetración israelí hasta el Delta (con lo cual aquellas tropas sionistas hubieran podido quedar atrapadas en una bolsa por las fuerzas egipcias de reserva, que esperaban el momento), el alto el fuego rápidamente impuesto por la ONU sobre los frentes del Canal y del Sinaí tuvo el doble y divergente efecto de que si por un lado impidió a Israel la pérdida de su columna avanzada, en el otro, Egipto, recobrase toda la zona del Canal, y se comenzase a preparar su futura reapertura al tránsito naval mundial.

Para Siria los efectos inmediatos fueron más duros, por muchos motivos. Uno de ellos pudo consistir en que si Egipto había podido preparar medio millón de hombres en el ejército activo, las fuerzas armadas de Siria (al menos lo confesado en datos oficiales de aquel mismo 1973) no pasaban de 111.750 hombres. De ellos, 100.000 en las tropas de tierra, 10.000 en el aire y 1.750 en la marina.

Siria, en cambio, tenía (y sigue teniendo) algunos graves inconvenientes de naturaleza geográfica, inconvenientes que no actuaban en las acciones militares egipcias. Entre las partes habitadas de Israel y el canal de Suez hay en el Sinaí un enorme vacío; y más allá del canal, las dos capitales del país

(o sea El Cairo y Alejandría) quedan envueltas por zonas muy amplias y densas. En cambio, desde Israel hacia Damasco las distancias son escasas, y casi todo el sector intermedio lo ocupa la famosa provincia de Qu Qunaitra (que a veces se ve erróneamente escrito Kuneitra). Dicha provincia había sido casi enteramente ocupada por los ataques israelíes en la guerra de junio de 1967, cuando quienes entonces mandaban en Damasco no fueron capaces de organizar la defensa, ni quisieron enviar al frente unas tropas que retuvieron en la extrema retaguardia por pretextos de su política interna.

Después de haber ocupado el poder Hafez Al Assad, la reorganización militar y civil fue emprendida con bastante perfección. Pero en octubre de 1973 los mayores recursos militares de Israel se volcaron contra el frente sirio, con lo cual la batalla del Golán fue terriblemente encarnizada y dura para Siria, aunque ésta pudo realizar una heroica resistencia con el conocido apoyo de las fuerzas iraquianas, marroquíes, etc. Y cuando la ONU impuso el repliegue parcial de los israelíes, los gobernantes de Tel-Aviv ordenaron arrasar espantosamente todo lo que tuvieron que evacuar. La antigua ciudad de Qunaitra (que había tenido 152.000 habitantes el 1967) quedó aniquilada hasta el suelo en 1973. Según testimonio ocular directo de un periodista español.

A pesar de tales destrucciones, y precisamente por las sacudidas psicológicas que produjeron en el pueblo sirio, durante todo el tiempo del año 1974 los gobernantes de Damasco dedicaron la mayor parte de sus esfuerzos a borrar los efectos de la que alguien había llamado «guerra de los ochenta y cuatro días» sobre el Golán y el monte Hermon. El establecimiento de la cortina de tropas observadoras de la ONU en aquel sector permitió que en Damasco se proclamase: «Después de la liberación de Qunaitra y su zona podremos por fin dedicarnos totalmente a la edificación económica, que estaba interrumpida desde la guerra de junio de 1967». En efecto, se reanudaron las obras de industrialización iniciadas. Al mismo tiempo se realizaron actos solemnes de carácter político. Por ejemplo, en noviembre fue conmemorado el cuarto aniversario del régimen de Hafez Al Assad. En lo militar Siria fue reponiendo el material y armamento perdido en las luchas del Golán, hasta el punto de que al terminar 1974 tenía otra vez por lo menos las mismas capacidades militares que al comenzar. Además, el 19 de noviembre, el presidente egipcio, Sadat, prometió al presidente sirio Assad que los egipcios combatirían al lado de los sirios en el caso de un nuevo ataque general por parte de Israel.

En todo caso, la conferencia cuatripartita de las delegaciones ministeriales de Egipto, Siria, Jordania, junto con las representantes de la Organización de Liberación de Palestina (conferencia que tuvo lugar en El Cairo y en la sede de la Liga Árabe los días 4 y 5 de enero del iniciado 1975) hizo que las posibilidades militares de conjunto de los llamados «países de la confrontación directa» (contra Israel) quedasen de acuerdo sobre la línea general de los puntos de vista sirios, de vigilancia armada constante en tanto que Israel no acceda a cumplir totalmente con las decisiones de la ONU.

A última hora, y enfocando desde Damasco el conjunto de la totalidad de las perspectivas del Cercano Oriente al haber comenzado el referido 1975, parece ser que sobre todo se trata de que para poner toda su atención al peligroso y cargado lado del Golán que da frente a Israel, Siria quiere garantizar que podrá contar con los otros flancos; es decir, el de la Jordania del rey Hussein y el de la república libanesa.

Así el principal acontecimiento en el que por ahora ha quedado fijada la evolución siria ha sido la entrevista que el 13 de enero sostuvieron el Jefe del Estado de Siria, Hafez Al Assad, y el jefe del Estado libanés, Soleiman Frangié, en la localidad libanesa semifronteriza de Chtaura. Fue publicado un comunicado común anunciando que Siria facilitará al Líbano material militar para su defensa, especialmente cohetes de manufactura soviética. Los dos jefes de Estado convinieron también en celebrar consultas mutuas periódicas todos los meses.

Lo más interesante en el contacto de Assad con Frangié ha sido el hecho de que por primera vez un presidente del país que tiene por capital a Damasco haya puesto los pies sobre suelo libanés. Porque como los dos territorios compusieron en otro tiempo el mandato que Francia administraba en nombre de la Sociedad de Naciones con el carácter de un país único y unido, la posterior creación del Líbano como república diferente pareció mucho tiempo a los nacionalistas pansirios y panárabes un acto de separatismo. Así la nueva concordia fraternal de los regímenes de Beirut y Damasco representa un éxito de comprensión y una influencia moral para la trayectoria de Assad y las normas del baazismo.

No puede olvidarse que Siria sigue formando parte, junto con Egipto y con Libia, de la Confederación de Repúblicas Árabes (CRA) que fue fundada en mayo de 1971: Sigue funcionando la Asamblea General con delegaciones permanentes oficiales que sostienen El Cairo, Damasco y Trípoli. Precisamente en la primera decena de enero estaba anunciada la reunión

en Damasco de una comisión ministerial de la CRA para preparar la creación de un banco tripartito confederal; de una sociedad tripartita de servicios marítimos entre Trípoli, Alejandría y Latakieh; una sociedad confederal del desarrollo agrícola, etc.

Por otra parte, sigue abierta la posibilidad de que en el futuro otros países árabes (como por ejemplo Sudán, Iraq y el citado Líbano) se agreguen en todo o en parte a los programas de acción de la CRA. Lo cual sería una confirmación más de que Siria sigue siendo el mayor factor político panarábigo.

RODOLFO GIL BENUMEYA

